

HOMENAJE PÓSTUMO AL DR. VICENTE POZUELO (MADRID, 18-2-1998)

MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN

La imagen más fuertemente grabada en mis ojos que conservo del Dr. Pozuelo es la de un hombre arrodillado ante el Santísimo Sacramento. En la catedral de Toledo unas veces; en la capilla reservada de la Iglesia de San Ginés, aquí en Madrid, otras.

Creo poder decir que hizo suyas hasta el fondo de su corazón las palabras del Papa Juan Pablo II que pronunció en la Inauguración de su Pontificado y que ha repetido con frecuencia: abrid las puertas a Cristo, no tengáis miedo!

Esa intrepidez y valentía fueron una característica de su condición humana. No tuvo miedo a nada. Dentro de lo que su profesión médica podía exigirle o sugerirle, y hasta poco antes de su muerte, cuando el corazón empezó a rendirse de fatiga, estuvo pensando y trabajando en esa Institución «Humanización de la Medicina», como un doble valor que, juntos, significan la máxima atención al hombre por los valores que encierran; separados, se entorpecen mutuamente en su marcha hacia el ideal supremo de un médico o de un filósofo, conocer mejor al hombre y curarle en sus enfermedades.

En la clausura del concilio Vaticano II, aparte la homilía y otras intervenciones del Papa, se leyeron con la aprobación tácita de los PP. Conciliares diversos mensajes, que algunos Cardenales dirigieron a grupos humanos de especial relieve. El Cardenal Leger, de Canadá, se dirigió a los hombres del pensamiento y de la ciencia con estas palabras, entre otras:

«Un saludo muy especial para vosotros, buscadores de la verdad; a vosotros, los hombres del pensamiento y de la ciencia, los exploradores del hombre, del universo y de la historia, a todos vosotros los peregrinos en marcha hacia la luz, y a todos aquellos que se han parado en el camino fatigados y decepcionados por una vana búsqueda...»

«Vuestro camino es el nuestro. Vuestros senderos no son nunca extraños a los nuestros. Somos amigos de vuestra vocación de investigadores, aliados de vuestras fatigas., admiradores de vuestros desalientos y fracasos... Continúa investigando sin cansaros, sin desesperar jamás de la verdad... Recordad las palabras de uno de vuestros grandes amigos, San Agustín: «Busque-

* Conferencia pronunciada al 18 de febrero de 1998.

mos con el deseo de encontrar y encontremos con el deseo de seguir buscando».

El Doctor Pozuelo fue siempre un buscador de la verdad, en la Cátedra, en las salas, de conferencias, en los doctorados «honoris causa», de que se vio adornado, en sus participaciones en asambleas y jornadas diversas, en la incansable labor para lograr la Institución de la Humanización de la Medicina, en las tareas que hubo de asumir cuando fue designado Canciller del Capítulo Hispano -Americano de Caballeros del Corpus Christi de Toledo. Fue siempre una mente vigorosa y un corazón dispuesto a amar todas las causas nobles de las que puedan beneficiarse los hombres de hoy. Al mismo tiempo ejerció la medicina hasta el final de su vida recibiendo o visitando enfermos, muchos de los cuales al preguntarle cuáles eran sus honorarios recibían como respuesta única: un Padre Nuestro. No es extraño que a lo largo de su vida haya recibido tantas condecoraciones y tantos títulos que honran con señalada distinción a la persona que mereció recibirlos.

Estas relaciones y contactos, con lo que suponen de viajes, contraste de pensamiento y de técnicas, atenciones a los diversos aspectos de la salud y la enfermedad, y todo dentro del ámbito profesional que vivía tan intensamente, hicieron de él una figura señera de lo que se ha llamado Medicina Antropológica.

«Pensamos —escribió Marañón en 1959— que cada vez hay que buscar con más ahínco al hombre en la enfermedad y no a la enfermedad en el hombre. Cada enfermedad es un mundo, pero lo es porque cada hombre es diferente de los demás, en tanto que la enfermedad es siempre igual a sí misma. La exploración del enfermo requiere toda la rigurosa historia, no sólo clínica, sino biográfica del paciente».

«No es la Medicina antropológica —sigue diciendo Marañón— una novedad desconocida de los médicos que han merecido el nombre de tales en todos los siglos. Pero es una reivindicación inexcusable de algo que la medicina científica actual había arrinconado, convirtiendo al enfermo en un número o en unas iniciales, pretexto para acumular cifras, gráficas, etc., que predisponen para un tratamiento impersonal. El tratamiento del enfermo se amplía a la vida toda, no se contenta con tratar el trastorno aparentemente aislado, sino que se centra en un contorno emocional, su trabajo, su actitud ante la vida, y dándole un sentido social al tratamiento, porque jamás el enfermo es un ser aislado, como el hígado o el corazón no son un hígado o un corazón autónomos... La desaparición del médico íntimo, amigo, cordial, ha producido como reacción el médico psicoanalista. El auge actual del psicoanálisis no se debe al genio y al esfuerzo de los psicoanalistas, sino a la angustia de muchos seres humanos, que sienten la necesidad de recogimiento y calor espiritual, para curarse no sólo de las enfermedades del espíritu, sino de muchos sufrimientos orgánicos, que el paciente sabe por instinto, desde muchos años antes de crearse la medicina que hoy se llama psicósomática, que no tienen otra causa que las agresiones sentimentales de la vida, ni otro remedio que la atención y el amor» (Marañón, 1954).

RESUMIENDO

Lo haría con esta frase. Los conocimientos psicobiológicos y médicos sobre el hombre han permitido descubrir principios generales e incorporar al pensamiento médico ideas de la antropología filosófica.

2. La Eucaristía, ayuda indirecta en el ejercicio de la profesión médica

Paso ahora a una consideración ineludible, aunque parezca extraña: La Eucaristía. Para un hombre creyente, de fe profunda y arraigada, el culto a la Eucaristía es una ayuda, de modo indirecto, a esa práctica de la medicina antropológica de la que he hablado antes.

La Eucaristía es pan y vino, cuerpo y sangre, don y sacrificio, pureza y vida, alimento personal y comunitario, exigencia y caridad, amor, perdón, fortalece y mansedumbre... El hombre creyente, que da culto y medita en lo que ese misterio encierra, se acostumbra más fácilmente a pensar en ese misterio que ir desvelando cuando se le contempla en la plenitud de su salud o en la enfermedad. Esa salud o esa enfermedad no son unas cosas aisladas, que aparecen un día en nuestro organismo; son resultados de muchos factores convergentes que nos sitúan en una moderada ebullición de espíritu y materia. Esto es lo que el cristiano bien formado ve en la Eucaristía, cuando medita en lo que Cristo afirma en el Evangelio. Si ese cristiano es médico, tiene abierto y más fácil el camino para descubrir los factores que dentro del organismo fortalecen la salud o desencadenan la enfermedad.

El Doctor Pozuelo ha adorado el Sacramento de la Eucaristía muchas horas. Ha meditado muchas veces en lo que encierra, ha trabajado activamente para darlo a conocer, siendo primero uno más del Capítulo Hispanoamericano de Caballeros del Corpus Christi de Toledo y, después Canciller del mismo. Yo he recibido de él en estos últimos años quizá ochenta adhesiones de hombres de España y de América, que se incorporaban al Capítulo, tras una consideración y examen que hacían con el Doctor Pozuelo ¿para qué?, para vivir más cristianamente y para desfilar por las calles de Toledo en una procesión en honor del Santísimo Sacramento, nada cómoda, y siempre esplendorosa y ejemplar.

FILOSOFÍA Y MEDICINA

3. Un diálogo difícil

La medicina se presenta con logros impresionantes (transplantes de órganos, injertos de tejidos y de médula, inseminación artificial, análisis del genoma, terapia genética, etc.), que la llevan a mirar a la Filosofía con aires de superioridad y a pensar que la única vía para encontrar la verdad es la que sigue el método experimental. Vamos a ser «como Dios, con tanto poder y sabiduría como El», declaró en fechas recientes el doctor Richard Seed, que dice poder «clonar» seres humanos.

En el Renacimiento, se fragmentó el saber unitario tal como lo concebía el hombre medieval. A partir de ahí, se ha impuesto la especialización. Por este camino se han

multiplicado las ciencias y los avances científicos, que por ahora progresan a un ritmo vertiginoso, pero se ha perdido la visión de conjunto. Cada ciencia se nutre de sus propios principios. Se vive en una profunda dispersión y cada saber se considera autosuficiente.

Desde su punto de vista, las ciencias positivas apenas tienen interés por la verdad o por los fines últimos. Sólo se ocupan del funcionamiento de las cosas. El «saber instrumental» termina por reducir todo a cuestiones de eficacia y de dominio, a cuestiones de poder mediante el conocimiento y control de las leyes que rigen la sucesión de los fenómenos y que permiten predecir y hasta prevenir los hechos.

Lo que digo de la ciencia en general, se está dando también en la medicina. Fenómenos tales como la producción de embriones humanos en el laboratorio, el almacenamiento y uso posterior de esos embriones o su destrucción, el aborto, la eutanasia, la propuesta de clonar seres humanos son asuntos reales y muy serios.

Lo más grave es que son numerosos los científicos que identifican «poder realizar» con legitimidad: en principio, es lícito todo lo que científica y técnicamente es posible. Y cada día escuchamos y vemos que actúan por cuenta, al margen de toda consideración ética.

4. Una bendición de Dios

Desde el punto de vista creyente, el avance de la medicina es una bendición de Dios. Responde al mandato divino de «someter» y «dominar» el mundo (cfr Gn 1,28). Y son numerosos los teólogos que interpretan el ser «imagen de Dios» de Dios por parte del hombre como una invitación a ser su lugarteniente en el mundo, desarrollando, mediante la razón y el amor, las inmensas posibilidades que nos ofrece la vida.

El desarrollo de la medicina acrecienta la libertad y el señorío del hombre sobre la naturaleza infrahumana: frente al tiempo, alargando la vida; frente a los agentes naturales que diezaban la población periódicamente; frente a minusvalías de todo tipo, que no impiden hoy un alto nivel de autonomía; frente al sufrimiento, venciendo en medida notable el dolor y la muerte prematura...

En su campo, la medicina goza de autonomía al igual que otros saberes. Pero una cosa es la legítima autonomía y otra muy diferente es la de erigirse en el único punto de vista a tener en cuenta, prescindiendo de los demás saberes.

5. Al servicio del hombre

Se ha escrito que el hombre medieval tenía fines, pero carecía de medios. El hombre actual dispone de medios abundantes, pero carece de fines. No basta con vivir más, sino que como ser consciente, responsable y libre, el ser humano tiene que preguntarse si vale la pena vivir, y si vale la pena vivir más, y cómo tiene que ser una vida para que valga realmente la pena. Es más, todos nos lo preguntamos alguna vez, cuando tenemos que tomar graves decisiones o nos hallamos en situaciones que afectan todo nuestro ser.

La medicina no puede olvidar que no está al servicio de la salud en abstracto, ni al servicio del cuerpo sin más, sino al servicio de la persona. Pero su método no le permite hablar de la persona ni saber qué es la persona. Tampoco le permite saber lo que *se debe hacer* y lo que *no se debe hacer* cuando está de por medio la persona. El tema es de la máxima actualidad, ante los nuevos descubrimientos de la medicina y ante la posibilidad de control de los mismos por parte de instancias extramédicas, como son el poder político o económico.

La misma medicina, cuando mantiene viva la capacidad de autocrítica, reconoce que no basta con vivir y con tener, sino que es necesario encontrar un sentido: es lo que nos dice el ilustre psiquiatra recién fallecido V. Frankl, en su obra *El hombre en busca de sentido*.

Es la Filosofía la que nos permite unificar en la persona humana las aportaciones de los diversos saberes. Sólo ella, y desde otro ámbito la religión, dispone de un método adecuado para decirnos qué es la persona, en qué consiste obrar bien y qué fin tiene que perseguir el desarrollo del saber.

En esta búsqueda de la verdad, la Filosofía empieza por decirnos qué es el hombre. Es lo que ha hecho durante décadas nuestro ilustre pensador X. Zubiri. Desde esa comprensión, se descubre la *dignidad de la persona* no sólo como límite que no hay que traspasar, sino como horizonte que debe guiar toda nuestra búsqueda y ayudarnos a descubrir qué es lícito hacer y qué es inadmisibles para un ser humano.

Desde la comprensión de la persona, hay que resolver el problema de «lo mejor», el problema ético. Es una cuestión que preocupa a todos, por la crisis de valores existente. Pero es aquí donde se está decidiendo el tema de fondo: si es nuestra libertad la que crea los valores, al margen de la verdad y de la razón; o si es la razón la que debe buscar qué valores nos hacen más humanos y más libres. Y los investigadores y los expertos en medicina tienen que tener el coraje de dejarse iluminar por este saber que es inaccesible a su método.

Hoy se habla mucho de mejorar la calidad de vida, y es cuestión de la que debemos alegrarnos. Pero también la filosofía tiene que enseñarnos en qué consiste una vida verdaderamente humana. La salud integral de la persona tiene mucho que ver con su plena realización: *ser lo más y más grande que puede ser*. Y es aquí donde tienen mucho que decirnos los pensadores. Si el hombre es un ser «religado» y abierto a la trascendencia, será difícil lograr una calidad de vida aceptable desde el nihilismo, desde el hedonismo y desde el relativismo ético.

Finalmente, son numerosos los médicos que se plantean hoy humanizar la medicina: en definitiva, humanizar la vida, la enfermedad y la misma muerte. La cuestión es real y preocupa a muchos profesionales. Pero sin una reflexión filosófica rigurosa y dialogante, no podremos saber en qué consiste esa humanización. Prescindir de la Filosofía lleva a que cada uno se encierre en su ideología particular, pues resulta evidente que el método de la medicina no es adecuado para dilucidar este asunto.

6. Se trata de cuestiones muy complejas

Los avances de la medicina nos sitúan ante cuestiones que afectan al ser mismo del hombre: genoma humano, manipulación genética, clonación, entre otras. Por primera vez en la historia podemos estar ante lo que puede denominarse con rigor un «salto cualitativo».

Dado que son asuntos que afectan a toda la humanidad, ningún grupo humano y ningún país debe tomar iniciativas por su cuenta, por el simple hecho de disponer de conocimientos y de medios económicos y técnicas para llevarlos a cabo.

La complejidad de estas cuestiones y su gran alcance requiere un trabajo interdisciplinar riguroso, dialogante y abierto, para hallar lo que se corresponde con el ser y la dignidad de la persona.

Parte fundamental de ese análisis le corresponde a la reflexión filosófica: desde la antropología y desde la ética. Y además de dicha reflexión filosófica, como fundamento para tomar decisiones, es necesario que se constituyan comités de ética y diferentes medios de control para ver qué se está haciendo en los laboratorios. Aunque el término «control» pueda provocar alguna sospecha, es algo que propuso hace años el padre del primer bebé probeta en un libro que se ha silenciado: Jacques Testart, *L'Oeuf trans-parent*, París 1986.

7. Desde la confianza y el respeto

Quienes creemos en Dios, no tenemos miedo a la razón ni al progreso de los saberes. En sí mismos, tanto el uso de la razón como el progreso del saber son parte de nuestra misma esencia humana y del carácter histórico de nuestro ser hombres.

Pero la experiencia nos enseña que, cuando se desliga de la Ética, la ciencia y la medicina como tal deja de ser un servicio al hombre y se convierte en una capacidad perversa de manipulación que atenta contra nuestra dignidad de la persona y la convierte en objeto.

Pensamos, además, que sólo desde una antropología de tipo personalista y abierta a la transcendencia, abierta a Dios, es posible fundamentar una ética basada en valores que no estén a merced de cada uno.

Este siglo XX que está apunto de extinguirse ha contemplado progresos admirables, pero también ha sido testigo de una barbarie como nunca se había producido en la historia de la humanidad. Hablo de las dos guerras mundiales, de los crímenes que las precedieron, o acompañaron, o subsiguieron. Terminada la última, en un campo de concentración de Polonia, esperaban el momento de ser ejecutados varios oficiales de las S.S. alemanas. Entre ellos, uno que en su primera juventud había sido fervoroso militante de la A. C. alemana. Con el tiempo sucumbió a la influencia perniciosa del sino hitleriano y perdió la fe.

Fue invitado a confesarse y rechazó la invitación tres o cuatro veces. Hasta que un día dijo a quienes le insistían: únicamente hablaría con el P. X. que fue el Consiliario

de los jóvenes de A. C. en Alemania en mi juventud, pero ni siquiera se vive y donde Puede estar.

Se hicieron las averiguaciones pertinentes y aquel anciano Jesuita vivía todavía en la Universidad Gregoriana de Roma, donde había sido Profesor.

Acudió al lugar en que esperaban los condenados a muerte. Enseguida pudo acoger con entrañas de misericordia al antiguo joven de A. C. Hablaron cuatro o cinco días y, por fin, una tarde pidió confesarse... y entre lágrimas y sollozos declaró sus pecados, que eran muchos y muy graves. Cuando terminó y recibió la absolución, se levantó, se cuadró militarmente y erguido y llorando, dijo: Gracias, Padre. porque me ha hecho recobrar la fe en la dignidad humana con el perdón de Dios.

La dignidad humana! Pensar que Cristo dejó en la tierra un sacramento por el que, a pesar de nuestros crímenes, volvemos a ser hijos de Dios y hermanos de los hombres.